

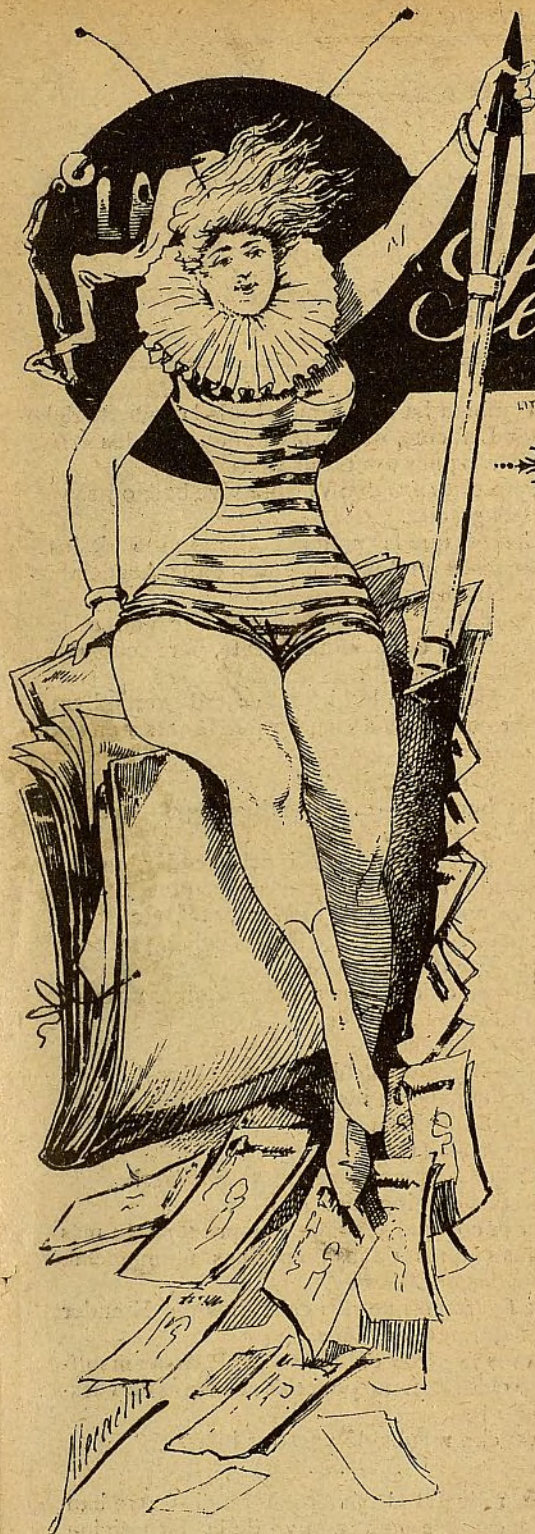
Año III. Barcelona 22 de Febrero de 1889 N.º 91

Semana Comica

LIT. MIRALLES. UNION. 17.

Redacción: Vertrallans, 3.-1.º

JUAN GOULA



Hay quien jura y perjura que en la gloria
no podrán cantar bien los angelitos
hasta que Goula, el sin igual maestro,
no suba á dirigirlos.



Ayuntamiento de Madrid

—•— SUMARIO —•—

TEXTO.—*La semana*, por J. de la Cruz F.—*Sueños y volantines*, por J. de Diego.—*¡Matre infelisel!*, por J. Perez Zúñiga.—*¡Gloria in excelsis deo!*, por Ambrosio Perez.—*Vino y filosofía*, por Daniel Blanco.—*¡Sepase quien es Clarín!*, por Antonio Cortón.—*¿Y si luego resulta que no hay cielo?*, por Manuel Mera.—*En la taberna*, por J. Almodobar.—*Un consejo*, por A. Mondejar y Mendoza.—*Cuestión de palabras*, por Amante Saffón.—*Ghirigotas y Por Teléfono*.

GRABADOS.—*Juan Goula y La gente de fuera*, por Escaler.—*Varios y En la Rambla*, por Cilla.—*Pornografía teatral*, por Mecachis.—*En el Paseo de Gracia y Entre domésticos*, por Tris.



LA SEMANA

Un loco entra en el Senado,
pretendiendo ocupar en el banco
azul el sitio del ministro de
Fomento.

El acto mueve á risa y se comenta en todas partes.

¿Y porqué? ¿Es este el primer loco que lleva semejantes intenciones?

¿No hay en España infinidad de chiflados que desean, no diré ser ministro de Fomento, sino presidentes del Consejo y hasta soberanos?

Lo que hay es que este ha tenido la franqueza de declararlo públicamente, sin ambages ni rodeos; mientras los otros ocultan sus pretensiones, y con el pretexto de hacer la felicidad del país ó el de salvar á la patria de los peligros que la amenazan, ó el de introducir importantes y necesarias reformas, van escalando los altos puestos, sin chistar una palabra.

Las matan callando, como se dice vulgarmente.

El loco de esta semana tenía contraidos méritos para entrar en el ministerio.

Pero no en el de Fomento.

Sino en el de Ultramar.

Porque éste puesto que han ocupado Nuñez de Arce y Balaguer, está, sin duda, reservado á otro poeta.

Y el loco también es poeta. Si no lo fuera, quizá no sería loco.

A los periodistas reunidos en el salón de descanso les leyó varias poesías, entre ellas una titulada *La muerte de Cánovas*.

—Pero ¿ha muerto Cánovas?—preguntaron los reformistas abriendo unos ojos tamaños como nueces.

—Sí, señores—contestó el autor de la oda—ha muerto moral y políticamente.

—Tal vez se muera de veras, si le lee Vd esa poesía.

—No lo crean Vds. ¡Cuando las suyas no le han hecho daño!....

También ha sido broma lo de la muerte del señor Lafuente, que habían anunciado los *activos* corresponsales telegráficos.

Pero el *pasivo* don Vicente vive bueno y sano á Dios gracias.

Créese que la noticia la dió alguno de los ambiciosos que quieren entrar en la Academia de la Historia.

Pensó que, anunciando una vacante, se le designaría á él inmediatamente, para ocuparla. ¡Y se ha fastidiado!

Porque, como la historia es toda verdad, un hombre que falta á ella, no puede entrar en esa Academia.



Hay hombres—como se dice aquí—que *todas se las piensan*.

Uno de esos es don Miguel Escuder, que ha inventado máquinas de coser, motores á gas, esferas en *movimiento continuo*, etc., etc.

Y hablo por boca de ganso, digo, por boca del *Diario de Barcelona*:

«El conocido fabricante de máquinas de coser don Miguel Escuder,

vá á establecer

Unos ingeniosos caballitos en el local

que ocupaba su instalación,

en la Exposición

Universal» (1).

Conque.... ¿unos *ingeniosos caballitos*?

¿Bestias con ingenio?

Por poco que tengan, siempre tendrán más que los autores de las piecicillas últimamente estrenadas en *Eldorado*.

Me figuro yo que los caballitos de Escuder entretendrán á los niños.

Y esos *juguets* del teatro.... ¡Padres amantes!—cuidad de no ponerlos en manos de vuestros hijos!

Y mucho menos de vuestras hijas.



«Se reducirá el número de gracias que han de concederse con motivo de la Exposición Universal.»

Este telegrama ha producido honda impresión en las altas esferas.

Quando el Gobierno nos quiso

algún premio conceder,

le digimos:—¡Muchas gracias!

Y hoy contesta?—¡No hay de qué!

(1) El cajista ha creído que era verso esa prosa vil... ¡y tan vill!

*
 ¿Saben Vds. á cuanto ascienden los azucari-
 llos consumidos en el Congreso, durante el año
 económico de 1887 á 1888?

¡A mil setecientas seis libras!
 Pues ¿y los caramelos? ¡¡A quinientos cin-
 cuenta y cinco kilógramos!!

¡En todas las legislaturas el gasto es el mismo!
 Pero lo extraño no es eso.
 Lo extraño es que con tanto *dulce*, lleguen á
agriarse algunas discusiones.

JUAN DE LA CRUZ FERRER.

SUEÑOS Y VOLANTINES (1)

«El Cerro de las Animas benditas»
 se llama un montecillo de mi pueblo;
 extraño nombre que le dió la gente
 —según afirman mis paisanos viejos—
 porque, como se eleva el montecillo
 precisamente por detrás del templo,
 y es cosa bien sabida, aunque mal hecha,
 que ha de entrar á la iglesia todo entierro;
 como las aves por instinto odian
 al sáuce y al ciprés del cementerio,
 se escapan á los nidos de sus árboles
 las pobres almas de los pobres muertos,
 envueltas en las ráfagas azules
 de la espiral sagrada del incienso,
 mientras resuenan por el templo umbrío
 del canto inútil los dolientes ecos.

El Cerro de las Animas... ¡Cuidado
 que yo me acuerdo del dichoso cerro!
 Las faldas de mi madre y las del monte
 mis amores de niño compartieron;
 soy hermano de todos sus arbustos
 y de todos sus pájaros, y pienso
 que recorrí sus zarzas y malezas
 como ningún chiquillo de mi tiempo;
 y que, si Dios á todo dió un lenguaje
 y hablan las hojas con la voz del viento,
 las suyas de seguro que se han dicho
 que debo estar, cuando no subo, enfermo...

Allí, en su cumbre, por las tardes, era
 donde todos los chicos de mi pueblo
 íbamos á jugar á las... cometas,
 como dicen aquí los europeos.

¡A aquellos *volantines* de mi patria,
 águilas de papel que alzan el vuelo,
 y que, cual arma de combate, llevan
 en la cola de trapo un vidrio puesto,
 para atacar á la infeliz *chiringa*
 que les dispute su ración de viento!

Ibamos muchos—¡cuando menos doce!—
 hábiles todos y en el juego expertos...
 ¡Pues ni uno solo consiguió cortarme
 mi volantín, mi volantín ligero,
 porque, evadiendo con presteza suma...
 (¿Me entenderán los niños borinqueños?)
 les voy á hablar en la divina charla
 de sus sencillos é inocentes juegos)
 porque, *cambiando en culebrilla*, huía
 del *navajazo* del ataque fiero
 y, la pupila en las *gacetas* puesta,
 á mi adorable volantín esbelto,
 como el astuto gladiador del aire,
 sacaba, al fin, de la batalla ileso.

Sabemos doble más cuando muchachos
 que después que ya somos hombres serios.

Desde que de mi Cerro de las Animas
 la suerte impía me arrastró tan lejos;
 desde que, como el loco de Cervantes,
 lo grande admiro, mas lo ruin desprecio;
 desde que, grave, me apuntó el bigote
 y estudio Leyes y compongo versos,
 aun no he podido, por desgracia mía,
encampanar el volantín de un sueño,
 sin que el demonio, que me tiene rabia,
 me corte el hilo en el azul del cielo!

JOSÉ DE DIEGO.

¡MATRE INFELICE!

«Deme usted una limosna, señor clemente,
 (me dijo una mendiga). ¡Por Dios la pido!
 ¡Mire usted que estoy viuda completamente
 desde el fallecimiento de mi marido!

Paso ¡ay de mí! las noches siempre despierta,
 pensando en las tres pobres hijitas mías,
 y si por el cansancio ya no estoy muerta....
 es porque duermo siesta todos los días!

¡Usted es compasivo!... ¡Se le conoce!
 ¡Deme dos perros grandes... ó los que lleve!
 Mire usted, caballero, que son las doce,
 y no he comido nada... desde las nueve!

Si yo no fuese madre me aguantaría,
 porque, para mí sola, bastante gano
 con lo que mis amigos me dán al día

siempre que yo les tiendo mi blanca mano.

Pero al morir mi esposo junto á Granada,
 tres hijas me quedaron en este mundo,
 y el no poder ya darles ni pan ni nada
 un dolor me produce grande y profundo.»

Al fin me dieron pena las infelices.
 —Digame usted (la dije) dónde las tiene,
 y aunque nunca pudiera comer perdices,
 desde hoy es este cura quien las mantiene.
 Vivirán por mi cuenta... pese á las modas.
 ¿Dónde están esas pobres criaturitas?
 —¡Ay! En el cementerio las tengo todas
 ¡y por eso no comen las pobrecitas!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

(1) Llamán así á las cometas—los chicos de mi provincia:—*volantines* á las grandes,—y á las pequeñas *chiringas*;—*gacetas* á los
 renillos—y *cambajazo* en *culebrilla*—al modo con que descende—en espiral ligerísima—la cometa, si del hilo—rápidamente se tiran.—
 ¡Y también allá se llaman—*cursis* á estas llamaditas!



LA GENTE DE FUERA

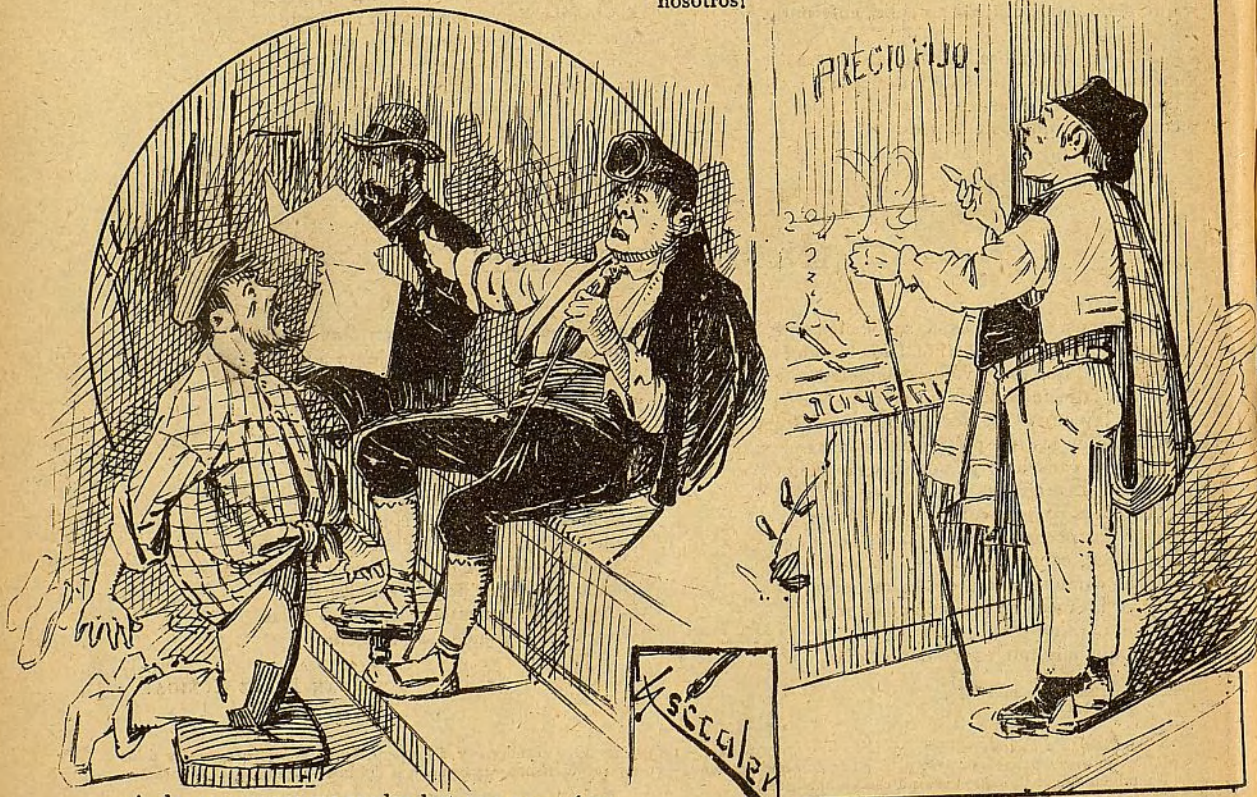


—¡Otrá, chicá! pus si pa pesarme yo necesito echar una perra por el bujero ese, pa pesarte tu... ¡lo menos se han de echar vinticinco duros!

—Pus hemos bajao á Barcelona y venimos á ver si tiene Vd. habitaciones para mi mujer, la chica, yo, los chicos, los canarios, el gato, la perra y el loro.

—Hombre, hay un inconveniente, y es que yo no quiero admitir animales en casa.

—¡Anda; pus entonces no nos podemos quedar nosotros!

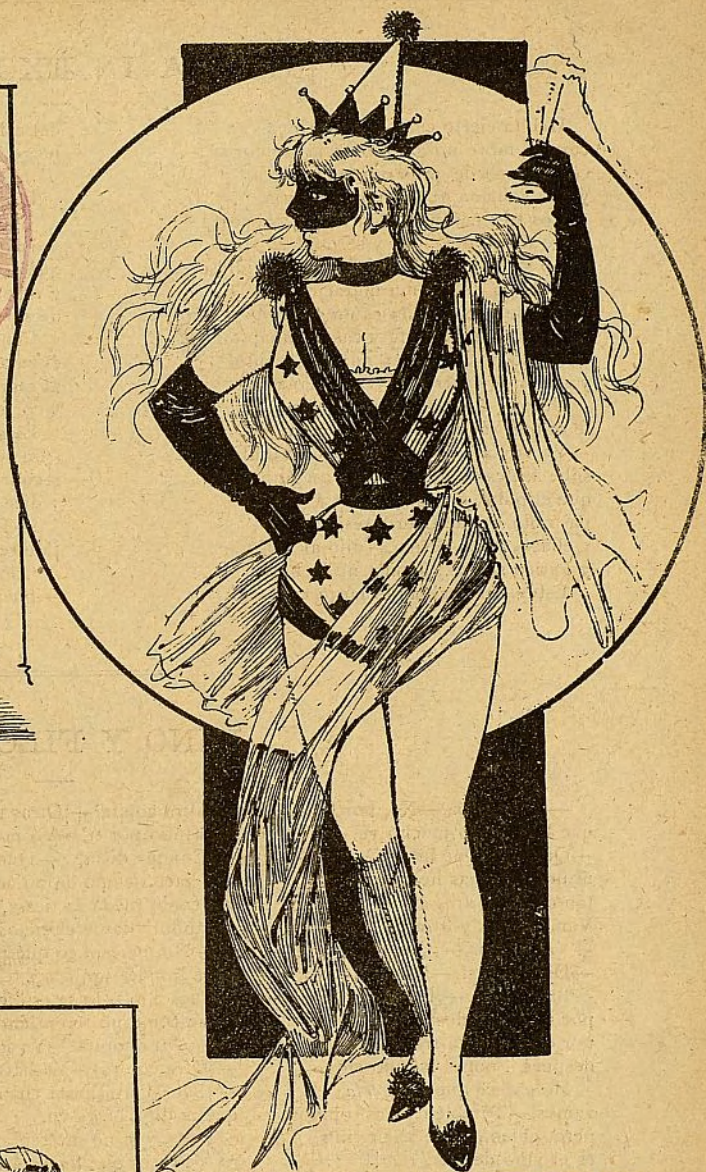


—Anda, noy; y que me queden lustrosas, como á ese señor.

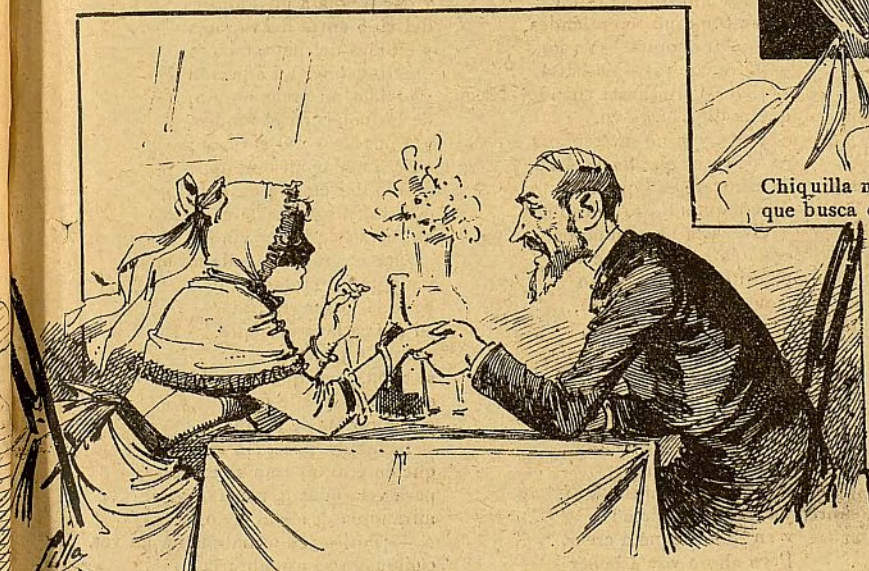
—¡Vatualisto! ¡que 'n debe ser de rico aquet señor Precio Fijo, que veig que por todo tiene tantas tiendas



—Je, je... la Pepa me espera.
La convidaré á cenar,
y que quiera, que no quiera...
¡Hombre, soy un calavera!
¡No me lo puedo negar!



Chiquilla muy buena, muy buena, muy buena,
que busca en el baile, ganosa de broma,
quien pague una cena...
y quien se la coma.



—¡Eres lo más campechano!...
Ahí va mi mano, barbián.
—Bueno: aquí en el restaurant
¡me conformo con la mano!

¡GLORIA IN EXCELSIS DEO!

Habita cierto cura en una aldea,
cuyo nombre no guardo en la memoria,
con su ama de gobierno, vieja y fea,
y una sobrina que se llama Gloria.

Los tres pasan la vida muy dichosos
entre rezos, plegarias y sermones;
como siempre en el mundo hay envidiosos,
son objeto de mil murmuraciones.

Dícese que la niña es un *portento*
de maldades: coqueta y casquivana;
mas esto no interesa á nuestro cuento
y sí lo que ocurrió cierta mañana.

Un día, á la sazón Sábado Santo,
le dijo al sacristan el señor cura:
—Yo voy á los oficios; tú, entre tanto,
sube á tocar á gloria. Y se asegura
que el pobre sacristan, al ir á hacerlo
pasó por donde Gloria residía
y ella: —Sube, Perico, —dijo al verlo,
y Perico subió... ¿Quién no lo haría?
Estuvieron hablando largo rato

del calor y del frío, pero luego...
luego hablaron de amor; ¡nada más grato!

La mujer es estopa; el hombre es fuego...

La iglesia está de fieles casi llena
que escuchan con fervor la santa misa
y esperan llegue la ocasión precisa
de sonar la campana... ¡mas no suena!

Cansado de ver muda la campana,
el cura va á saber que le sucede
al sacristan y sale como puede
y corre como un loco el buen sotana.

Llega á su casa; ve á los dos amantes,
(¡un sudor frío acometió al buen cura!)
recobra su valor unos instantes
y dice al sacristan con frase dura:

—Te ha de quedar de tal acción memoria.
¡Me resisto á creerlo y lo estoy viendo!
—Contesta gran bribón: ¿qué estas haciendo?
—Pues, padre, ya lo vé: ¡tocando á Gloria!

AMBROSIO PEREZ.

VINO Y FILOSOFIA

—¿Otra copa?—No, por Cristo,
que he bebido mucho ya.

—Que sí.—Que no.—Que sí.—La
última.—Jamás he visto
tantos melindres en tí.
Vamos: otra y otra yo.

—Ya no más.—¿Que no?—Que no.
—Digo que sí.—Bien, pues sí.
—Brindemos.—¿Por quien?—Primero
por nosotros dos; después
por quién tú quieras.—Eso es:
después... por el mundo entero.

Me parece que á *cogerla*
vamos.—También yo así opino:
pero, chico... ¡qué buen vino
es el vino de *La Perla*!

¿Bebamos más?...—¡Santo Dios!
de este modo no es extraño
que nos haga daño.—¿Daño?
Otra botella.—¡Otras dos!

—Así quiero verte, así:
complaciente y buen muchacho.
—¿Qué puede ser? ¿que borracho
salga esta noche de aquí?

Tanto mejor; es mi anhelo,
y hace tiempo en mi se encierra,
ver cómo rueda la tierra,
mirándola desde el cielo...

—¡Puf!—¿Te asombras? A mi ver,
no hay razón...

—No es que me asombre; y en todo llegué á creer...
pero...—No hay razón.—Vaya hombre,
¡que la vamos á perder!

—¿A perderla por tan poco?
Tú, acaso, yo no la pierdo,
que estando cuerdo, muy cuerdo,
te figuras que estoy loco.

—Eso no.—Pues eso sí.
—Piensas mal.—Pienso muy bien.

—¿Otra copita?—¡Otras cien!

—Brindo por ti.—Yo por tí.
—¿Conque dices?...—Que es anhelo
que hace tiempo en mi se encierra,
ver cómo rueda la tierra,
mirándola desde el cielo.

—No me esplico qué pretendes,
ni se lo qué significa...

—Pues ello solo se explica:
no sé cómo no lo entiendes.

—¿Otra copita?—Ya no.

—¡Otra copita!—Ya basta.

—¡Bah!—Pero ¿hasta cuando?—Hasta
que te diga basta yo.

Bebe, y si no me replicas,
ni me dices que hago el bú,
te explicaré eso que tú
no comprendes ni te explicas.

Oye: Era un tiempo en que yo
creía en todo. Inexperto
pajarillo, cuyo incierto
temprano vuelo tendió,
al nido amante reacio,
con la esperanza por guía,
todo entonces me ofrecía
para volar ancho espacio.

Yo amaba mi libertad
como la suya el condor,

y creía en el amor,
y creía en la amistad,
y creía en la virtud
y en todo llegué á creer...

Pero ahora voy á beber
una copa á tu salud.

Pasó aquel tiempo; pasaron
aquellos risueños días
y con las memorias mías
tristes recuerdos quedaron;
que de mi afán como palma

tan sólo hallé, á mi despecho,
vacío horrible en el pecho
y amargo dejo en el alma.

—¿Y bien?...—Que dando al olvido
lo que soy y lo que fui,
cuanto amé, cuanto creí,
lo gozado y lo sufrido,
quiero ahogar mi sentimiento
y dar tregua á mis dolores
del vino entre los vapores
y en alas del pensamiento;
quiero calmar mi aflicción
y olvidar mi pesar hondo,
de las copas en el fondo
y á impulsos del corazón;
quiero atajar mi destino,
quiero dar cima á mi anhelo;
quiero... llegar hasta el cielo
en fuerza de beber vino.

Que el vino enciende mi mente
y alegría mi fantasía
y torna la sangre fría
en étnica lava ardiente,
y él solo puede prestar
al alma, pues que la exalta,
el espacio que le falta
y que no puede alcanzar.

Bebamos, pues, sin recelo,
que en ello mi afán se encierra,
para ver rodar la tierra
mirándola desde el cielo.

—¡Puf!—¿Te asombras?—A mi ver,
cualquiera se asombraría,
de esa tu filosofía
que no consigo entender.

—Pues yo, de mi anhelo en pos,
seguiré hablando y bebiendo:
¡que en el mundo, á lo que entiendo
hay muchos como los dos!

DANIEL BLANCO.

¡SÉPASE QUIEN ES CLARÍN!

¡Perdonadme...! Yo lo imploro de todas veras...; pero es fuerza consagrar este artículo á un incidente de actualidad, que dice relación con mi humilde personalidad literaria. ¿Y por qué no? Al fin y á la postre, no hay actualmente sobre la mesa de la literatura—si es que puede haber mesa en casa donde no se come,—ningún asunto de palpitante interés, digno de resonancia alrededor de las mesas de Fornos. Cerrados casi todos los coliseos, ó convertidos por las compañías de opereta italiana y francesa en circos de gallos; dormitando el Ateneo bajo la pesadumbre de la discusión inacabable de una Memoria sobre el tema novísimo *La política de Felipe II*, escrito con buena letra por un galleguito que se llama D. José López y que no es por cierto el López que todos conocéis, sino uno de los otros; muertas de risa en las librerías las bellas traducciones de obras francesas que hace, por ganar cuartos, mi amigo Julio Nombela, y las adulaciones—encuadradas á la rústica y escritas en igual forma—de Leopoldo Alas á Castelar, Núñez de Arce y otros grandes escritores que cobran cesantía de ministros; exhibiéndose como madriguera de sacristanes la Academia de la Lengua, en donde ingresó no hace mucho el Padre Mir, un jesuita adocenado y obscuro, autor de un libraco titulado *Harmonía entre la ciencia y la fe*, y cuyo único mérito consiste en escribir armonía con H; convertido todo en farsa grotesca, tolerada y aplaudida la audaz desvergüenza, prepotente el barroquismo literario, merced á la complicitad de unos y de otros en el *bombo mutuo*, merced á la *yernocracia*, forma más amplia del nepotismo, que, así en política como en literatura, se va ya quedando con el santo y la limosna, merced, en fin, á ese caprichoso cambio de papales, en virtud del cual el general Pezuela es presidente de la Academia de la Lengua, y Benito Pérez Galdós diputado por Puerto-Rico, ¿hay, pues, en tal laceria de literatura, algo que merezca el reposado estudio de la crítica...? ¿Queda otro recurso que el de reirse de Cánovas, absorto como Brahma, en la tea contemplación de sí mismo, ó el saborear esas noticias de *La Correspondencia*, que nos dicen, con inconsciente humorismo, que dos poetas eminentes, Núñez de Arce y Grilo (¡pobre D. Gaspar!) visitaron ayer á la Reina Regente...? ¡Bah! Se comprende, á poco apurar casos y cosas, se comprende que estos malos tiempos hayan producido un Echegaray, dramaturgo, un Leopoldo Alas, crítico, un López Bago, novelista, un Grilo, poeta, un marqués de Pidal, académico, un Romero Robledo, ministro, un Martínez Campos, héroe! ¿Qué mucho, pues, que en este río revuelto obtengan la mejor y más pingüe ganancia aquellos que convierten el látigo de la crítica en caña de pescar?

Empezaré por el prólogo.

D. Rafael María de Labra, persona amable, rumbosa é irresistiblemente simpática, así de frente como de perfil, me escribió una tarde en obra de un mes, estas concisas y elocuentes palabras: «¿Quiere usted venir hoy á las siete, á comer conmigo, con el doctor Gaztambide y con Vizcarrondo?» ¡Qué encantadora modestia la de D. Rafael! ¡Sólo á él, á un poeta lírico como él, podía ocurrírsele preguntar si queremos sentarnos á una mesa servida por Llardy, embalsamada por el aroma del talento y por añadidura, presidida por la Egeria del gran apóstol, la bondadosa Enriqueta! Además, pa-

ra hacer más sabrosa la invitación, tratábase de comer al lado de Vizcarrondo y de Gaztambide, que eran, á falta de hembras, compañía muy grata. Calé el chapeo y á la calle.—«¡Cochero á casa de Labra!»—No necesitó dar la dirección... veinte minutos después paraba el coche alquilón en el número 31 de la calle de Serrano. ¡Oh, la popularidad, la gloria...!

Así como entré en el salón-despacho del padre de los negros, por parte del demonio, que todo lo añasca, tuve una gran sorpresa. Hallábase allí Vizcarrondo, el que trajo las gallinas para la abolición de la esclavitud, y Gaztambide, jóven y atildado médico, pero ¡ay! no se encontraban los dos solos: también estaba allí, en guisa de comer, el popular crítico *Clarín*, conocido en el siglo por Leopoldo Alas, aunque él se llama—y tan cierto como que ahora es de noche—Leopoldo García, según me consta y mal que le pese. Lo de Alas es pura fantasía y comezón de revoleteo. También un célebre vate de otra centuria cambió su verdadero, aunque prosaico apellido de Argote, por el más sonoro de Góngora. ¡Manías de los grandes génios...! ¿Acaso es tan difícil la entrada en el voluptuoso camarín de la gloria, cuando un ciudadano se llama Gabriel Rodríguez á secas?

Al topar allí con Alas, García, ó lo que sea, exclamé, como Macbeth, en el drama de Shakespeare:—«¡Hé aquí un convidado con el cual no se contaba!»

—Pero, ¿ustedes no se conocen?—preguntó Labra.

—Sí—barbulló *Clarín*—me parece que he visto á este caballero en algún otro lado.

—Sería en el lado izquierdo.—Yo también le conozco á usted de vista y de nombre...

—El Sr. Alas—dijo Labra—eminente crítico... el señor... (aquí mi nombre) secretario de la Asociación de Escritores... etc. etc. etc.

—¡Ah! sí—saltó Alas—¡ya le conozco! ¡Un novelista!

—No tal—le interrumpí;—yo hago novelas, pero no las escribo...

—El Sr. Vizcarrondo—continuó Labra—el señor Gaztambide...

—Señores—arrulló Enriqueta entrando—ya es hora de pasar á hacer penitencia...

—¡Santa palabra!

—Vamos, señores, vamos.

—Usted primero...

—De ningún modo... Tenga usted la bondad...

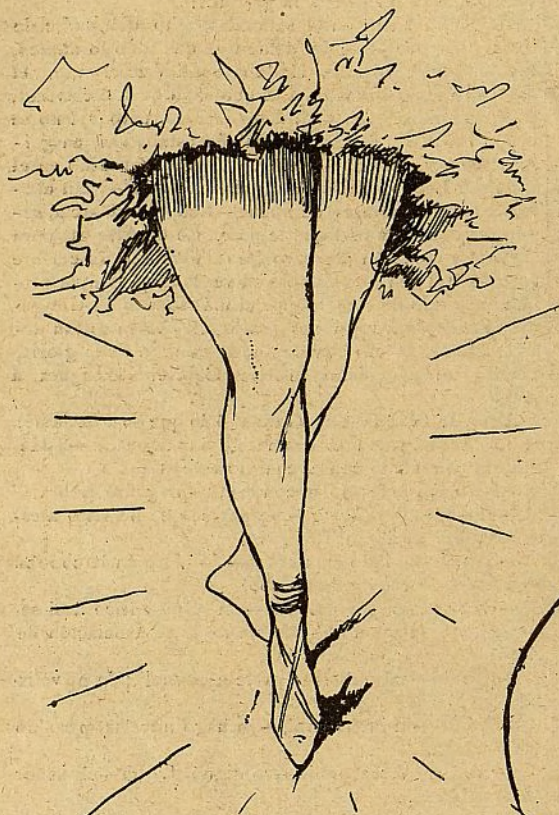
Yo (al oído de Labra).—Pero, hombre; ¿usted no sabe que yo le he pegado hace poco á *Clarín* un palo tremendo?

Labra (asustado).—¡Yo no sabía nada! ¡Demonio! ¡Es usted atroz!

Vizcarrondo (abrazando cariñosamente á Gaztambide, y con voz tierna).—Con que, querido paisanito, ¿cuándo vamos á comernos juntos un *mofonguito* con *aguacate*?

Clarín ignoraba á la sazón que yo, imperceptible molécula al lado suyo, había tenido el loco atrevimiento de censurar algunos de sus escritos inmortales: aquel en que vertía la ponzoña de sus rencores sobre Emilio Ferrari, uno de los poetas buenos de estos tiempos malos. Por aquella ignorancia, sin duda, ó predisposto acaso á esa benevolencia que inspira siempre una mesa bien abastecida, singularmente cuando uno se pasa la existencia tragando rejalgas, el *sans-culotte* de los críticos, cual si fuese la nata de los comedimientos, hubo de dispensarme algunas frases lisonjeras y finas, por mí escuchadas como se oye rebotar en los cristales del balcón inesperado granizo. Pero no estimé leal, ya que por azar de la fortuna yantábamos juntos sobre unos mismos manteles, aumentar con una nueva ignorancia el ya pingüe tesoro, que posee Alas, adquirido por él mismo; y al efecto, brincándome en la conciencia aquel escrúpulo,

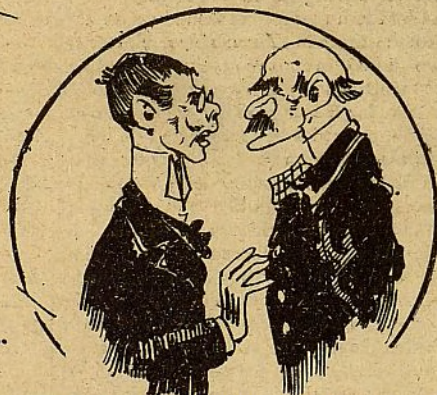
PORNOGRAFÍA TEATRAL



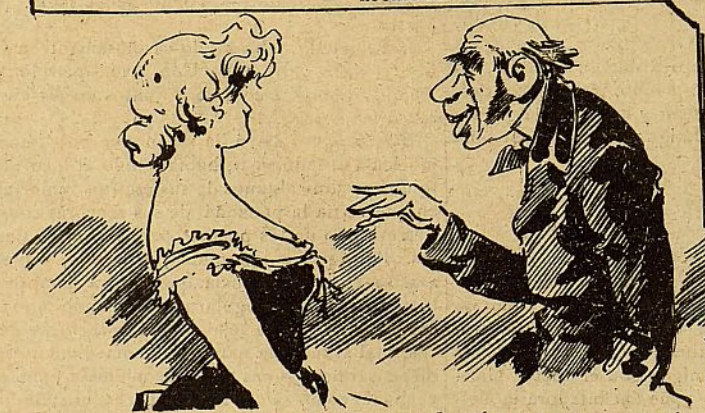
Santa Pantorrilla, abogada de los éxitos de ahora...
[miserere nobis!]



La actriz de ayer.



—Tenga Vd., acomodador: una peseta para Vd. y una esquelita para aquella corista de la derecha.
—¡Pero si es mi mujer!
—¿Su mujer? ¡Caramba!... ¿Quiere Vd. ser mi amigo acomodador?



—Mira, hija; tengo que advertirte que esa no es la manera de ganar el sueldo. Ayer, durante la representación, solo te levantaste el vestido hasta la cadera; y con esa cortedad me estropeas el éxito de las piezas.



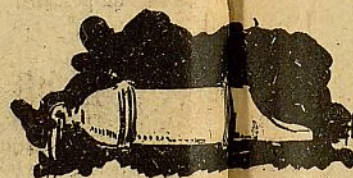
La actriz de hoy.

TEATRO DE...

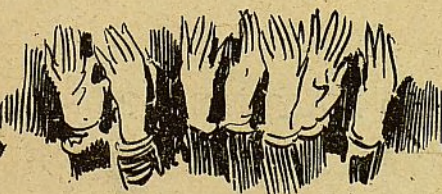
1ª LA Revista comico-lirica
escitante
EN CUEROS VIVOS
24 85248 representación en 1/2 acto
y 66 pares de pantorillas
¡MIREME V.D. DESNUDA!

Notas—La escena de la cámara
imperial se hará a lo vivo
Para amortiguar los efectos
de la representación se
servirá a cada espectador
una corista auténtica.

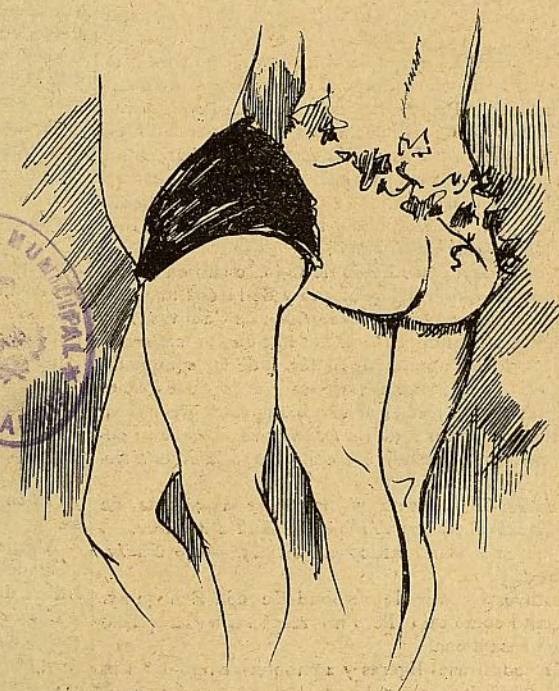
Carteles que veremos,
por las esquinas,
si siguen las corrientes
que predominan.



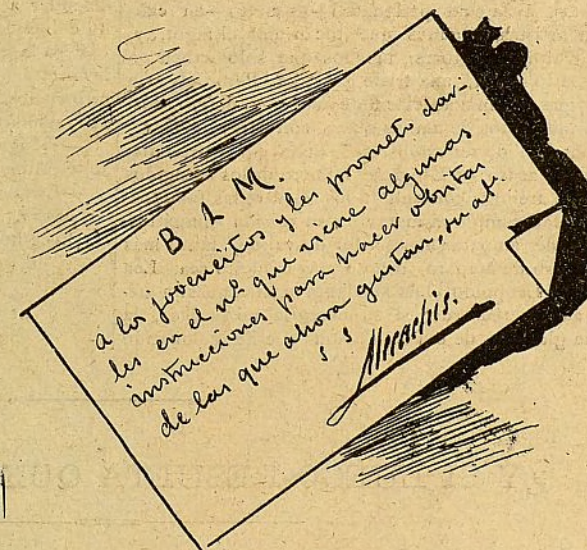
Cuyo éxito debió ser este;



pero desgraciadamente es este.



¿Peligra una piecica?
Pues coros de desvergüenzas,
y así la moral se salva
y se levantan las piezas



prometí enviarle—y así lo ejecuté al día siguiente—el artículo en que yo ¡pigmeo! había sido osado á rebelarme contra los oráculos de la bullangera Pitonisa asturiana.

Creo haber dicho antes—y si no lo dije, lo consigno ahora—que la bucólica fué excelente. Alas, sin embargo, comió poco. Parecía preocupadísimo. Todos adivinamos la causa. Aquel mismo día había aparecido en las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, el vituperioso y merecido varapalo que el ingeniosísimo Fernández Bremón lanzara contra el ya asendereado crítico astur. ¡Así, así se ponen banderillas, amigo Bremón...! ¡Deme usted esos cinco!

Durante la comida se habló de todo, como en botica de pueblo. Se habló del gobierno y de la coalición republicana... de las aventuras amorosas de Cánovas... de la chifladura del pobrecillo Galdós al querer meterse á diputado... de los apuros de Sellés... de las conquistas de Gaztambide en Bruselas... de las graves preocupaciones que tiene don Rafael al ver blanquear prematuramente sus mostachos... de los *lechones* asados que se comió Vizcarrondo, cuando era chiquillo, allá en el *Sabuco*...

Hablamos de literatura y yo censuré las críticas de Perillán Buxó al poema *Maruja*, de Núñez de Arce.

—¿Y quién á hecho crítico á Perillán?—dijo *Clarín*, con la boca llena.

Yo estuve á punto de responderle con Echegaray: «¡Por asalto como tú!» Pero no respondí nada. ¡Estábamos en casa ajena!

Clarín, con frases ligeras y zumbonas combatió á la asociación de Escritores y Artistas, por la cual cumplo yo el deber de romper lanzas y de sacar la cara, por fea que ésta resulte, no teniendo yo otra, y siendo tan buena como la de Moyano. Y sin embargo, entonces callé como un Pérez Galdós en el Congreso.

¡Estábamos en casa ajena!

Pero ahora que estamos en mitad del arroyo, y que podemos andar á dimitre y direte, he de probar el bueno de García, tomando la ocasión por la melena, que ha sido injusto al satirizar á roso y velloso, entre un cúmulo de ineptias, á la asociación de Escritores y Artistas, á la cual pertenecen—es cierto—en calidad de artistas, algunos que tocan mal el fagot, y, en calidad de escritores, muchos que solo saben redactar, si lo saben, una triste gaceta. Pero advierta García que en una asociación compuesta de mil doscientos individuos de ambos sexos, con curas inclusive, no todos han de ser monstruos de la edad presente; acaso, y sin acaso, en España el número de los escogidos no llega á treinta, contando á los Sepúlvedas famosos. La sociedad cumple á maravilla su misión simpática, que es la de amparar al escritor desvalido, tanto más menesteroso de amparo, cuanto más modesto sea. Lea el buen D. Leopoldo, el de la tajante péñola, nuestra memoria anual; recuerde, si su memoria no es flaca, la historia gloriosa de esa asociación que ha combatido

tan injustamente, repitiendo las comadrecías de la turba maleante. Merced á la asociación, no se ha muerto de hambre el gran actor Valero; merced á ella, no enteraron en el hoyo grande á Eulogio Florentino Sanz; merced á ella, no sucumbió en un asilo de dementes el pobre Campo Arana. Por fecunda iniciativa de ella y gracias á su esfuerzo, hubo de celebrarse en la Península la más espléndida solemnidad coetánea: el centenario de Calderón.

Pero no cortemos el hilo de la narración, como dicen los novelistas de rompe y rasga, y continuemos escuchando á *Clarín* en casa de Labra.

—«He visto anoche *El Archimillonario*, (habla *Clarín*.) ¡Qué atrocidad! ¡Ese buen Sr. Novo y Colsón se metió á editor y repartió mucho dinero entre los críticos que le hicieron prólogos para la obra que está publicando, y por eso ahora la prensa le elogia su drama! ¡Qué venalidad!»

Yo recordé entonces que el único crítico á quien el espléndido Novo no encargó trabajo literario alguno para la obra *Autores dramáticos contemporáneos*, fué precisamente el bueno de *Clarín*. Y estuve tentado á decir algo. Pero... ¡ay! no estábamos en medio del arroyo ni en el hogar doméstico de ninguna literata cariñosa.

Alguien, no sé quién, creo que Gaztambide, el conquistador, hubo de decir pes.es de las producciones de Núñez de Arce.

Clarín, el desinteresado jaleador del gran poeta, el que le visita en su estudio y le acompaña á paseo, rezongó las siguientes palabras, con la primera y última modestia de toda su vida:

—No estoy autorizado para defender en este caso á D. Gaspar. Que le defienda el señor, que es su secretario en la Asociación de Escritores.

—No lo rehusó,—contesté. Y defendi al asandereado D. Gaspar, como pude, como Dios me dió á entender, como suelen hablar de él (aunque con más sinceridad) los que luego van á pedirle un destinillo para Ultramar. ¡Que conste, D. Gaspar, que conste! Yo seré contrabandista de la literatura, como se me llamaba el otro día en *El Globo*; pero sin adular á nadie en sus barbas, sé defender á los ausentes, cuando llega la sazón, y aun no debiéndoles mercedes ni homenajes. Hé dicho.

Pero la gran frase de Alas, la que le caracteriza y le levanta á los cuernos de la luna, es la que voy á transcribir ahora, poniendo por testigos á los señores que la escucharon:

—Y diga usted, Sr. Alas: ¿qué opina usted de *Maruja*, el último poema de Núñez de Arce?

—Es muy malo, muy malo...; pero tengo que darle un *bonito*...

¡Ecce homo! Hé aquí el crítico.

ANTONIO CORTÓN.

¿Y SI LUEGO RESULTA QUE NO HAY CIELO?

Bien sé yo que tu orgullo es tan crecido
que, por tu orgullo sólo,
despreciaras al mismo Dios Cupido,
que con las formas plásticas de Apolo,
te ofreciera un amor no bendecido.
¡Y haces bien, voto á mil! Una señora,
nieta ilustre de tanto ilustre abuelo,

debe parecer hielo,
aunque en sus venas cunda abrasadora
la lava que conmueve al Mongibelo;
y aunque sienta bullir en su cabeza
la tentación que hacia el abismo empuja
con la atracción fatal de lo prohibido,
debe ocultar al mundo con firmeza

Ayuntamiento de Madrid

el ánsia eterna de gozar que estruja
su corazón en desigual latido.
De aquí la hipocondría que te mata,
y nace de una fuente: el *egoísmo*,
que tiene por hermano el *fanatismo*
y la *franqueza* por rival innata.

También sé que en la atmósfera sombría
que has ido en torno tuyo condensando
con olores de tumba y sacristía,
baja un rayo de luz de vez en cuando;
que á tu alma altanera
descienden los efluvios tentadores
del tibio sol que rompe en primavera
el botón de las flores;
y que sabes soñar charlas de amores,
escuchadas en tiempo ya perdido,

y llenas de incidentes seductores
que relegar no puedes al olvido.

¿Qué poderosas trabas
te privaron de goces conyugales?
La pobreza del hombre á quién amabas;
las conveniencias rígidas sociales.
Y hoy que, borrando locas ilusiones
con otras ilusiones aún más locas,
por tu amante, ya de otra, te dislocas,
alentando tu amor ¿qué te propones?

Segun tu confesor, Dios nos destina
en otra vida la fruición divina
de deseos acá no realizados;
y haces bien en forjar sueños dorados
sin contar con la duda de Bartrina.

MANUEL MERA.

EN LA TABERNA

—¿Tú por aquí?—¡Ya lo lo vés!
—Yo te creía muy lejos.
¡Como han dicho los papeles
que t' habían por *blasfemo*
puesto á la *sombra*...—¡Pa qué
quería más el Gobierno!
¿Con quién te crees tú que tratas?
¿es que yo soy algún *mendigo*?
A mí no me encierra náide,
porque soy un cabayero,
y si á mí, pongo por caso,
me cogiera el menisterio
y me pusiera á la *sombra*...
—¡Pus te quedabas adrento!
—¿Yo al *Abanico*?—¡Pus claro!
—¡En seguida! ¡Ya estás fresco!
—¡Y nada más que lo estoy!
—¡Pudiera!—Pues señor, ¡güeno!
Chico, perdóneme usía
si le he faltado al respeto.
—Hombre, si no es que me fartes...
—¡Como te pones tan sério!
—A otro le haría la barba;
á ti no, porque te aprecio,
y sé que si yo te mando
rodar ¡te tiras al suelo!
—¡No tanto!—Si es un decir
¡so inorante!—Entonces, güeno.
—A mí me mata un amigo
y ni siquiera me quejo;
y si me piden un duro

y, verbi gracia, lo tengo
¡lo doy!—Y eso ¿es un decir?
—Hombre ¡no seas paleto!
Paece mentira que haga
tanto tiempo que nos vemos
¡y aún estés tan ordinario!
—¡Ahí verás tú!—¡Ya lo veo!
—Oye tú, no seas silbante
¡mira que yo te reviento!
—¡Hombre, no te precipites!
—¡Es que te doy!—¡Ya estás fresco!
Felipe... no seas melon;
mira que si yo me quemo
¡te voy á saltar los dientes!
con que no hagas el sereno
y asíéntate en la banqueta
y calla y ¡estate quieto!
y échate al cuerpo esa copa,
y mándale al tabernero
que traiga un azumbre más...
¡la pago yo!—Entonces ¡güeno!
Que háiga paz, si quieres paz:
yo te he dicho todo eso
porque pensé que querías
armar gresca.—¡Ya estás fresco!
—¡Como te has puesto tan *fúlgido*!
—¡Era por tomarte el pelo!
—Es que á mí, no me lo coma
ni Dios ¡te enteras?—¡Me entero!
Siéntate y pide otra azumbre...
¡la pago yo!—Entonces ¡güeno!

Si tú te empeñas la pido
para no dejarte feo,
aunque dé un trueno después...
—Pues, como te iba diciendo,
yo es que pensé que querías
armar jollín.—¡Ya estás fresco!
Chico, t' has dequivocado.
—Pus escucha tú ¡m' alegro!
—Tú eres mi amigo.—¡Eso es!
—Y yo soy tu amigo.—¡Eso!
—¡Y los dos semos amigos!
—¡Está claro que lo semos!
—Y ¡tráite otra azumbre!—¡Olé!
—Y sino ¡otras dos!—¡Bien hecho!
¡Verás tú que papalina
agarramos!—¡Ya estás fresco!
—¡Lo que yo estoy es hecho áscua!
—Chico.—¿Qué?—Que semos muertos.
No regueyas la *chinostra*
que acaba de entrar el perro
del Inspector!—¡Me cai!
—Pero, hombre, no tengas miedo,
que vas á meter la pata.
—¿Y qué? ¡Si quiero la meto!
—¡No estás tú poco gayinal!
—¡Yo gayinal! ¡Ya estás fresco!
—...¡Quietus á la autoridad!
—¡(El inspector!)—¡(Nos cogieron!)
—¡Al *Abanico*!—(Oye, tú...
¡ahora si que estamos frescos!)

J. ALMODÓBAR.

EN EL PASEO DE GRACIA



¡Bendiga Dios el garbo
de las barbianas,
que salen cuando hay viento
por las mañanas!

Ayuntamiento de Madrid

EN LA RAMBLA



—Pues mira, ahora estoy desotupado, y si te hace falta algun primo ó algun tio recién llegado de fuera, pare asistir á los bailes de Carnaval... ya sabes que puedes disponer con confianza

Ayuntamiento de Madrid

UN CONSEJO

Una persona querida
me dió este consejo añejo:
«No tomes nunca un consejo
en los días de tu vida».

Y yo, por ser complaciente,
siempre lo estoy observando,
pues me sigo aconsejando
de todo bicho viviente.

Mas me ha puesto en tanto apuro
y tantas veces perplejo,
que ya no escucho un consejo
al que no adelante un duro.

Y aun así, no habrá en la tierra
quien no me dé ese castigo.
¡Temo á un consejo de amigo
más que á un consejo de guerra!

Comprendo que aconsejar
puede ser una obra pia,
pero si es una manía
¿dónde vamos á parar?

Parece un deber amargo
y casi siempre es un vicio,
y háilos que para este oficio
parecen hechos de encargo.

Tuve un amigo moscón
que me aconsejaba así:
«Si no te guías por mí,
preveo tu perdición.»

Y en efecto, por guiarme
de lo que quiso imponerme,
si no he llegado á perderme
casi no puedo encontrarme.

Me iba á casar, era bella
mi novia; me aconsejó
que tronase; troné yo
y él se ha casado con ella.

Decidí seguir soltero,
y sin cesar me aconseja
que dé mi mano á una vieja
con salud y sin dinero.

Si reprendo su cinismo
él me encaja por razones
que ella tiene cien millones
cien años y reumatismo.

Si le digo que no insista
persiste hasta que me enfada:
«Tecla es otra chica honrada
que tiene un primo pianista.»

No tomeis, aunque os ofrezca
mas oro que el Potosí,
ningun consejero ni
cosa que se le parezca.

Hay un adagio ejemplar
y que dice á este tenor:
«No hay un consejo mejor
que el que se queda por dar.»

Seguid mi consejo y fío
que os gustará, aunque es añejo;
no sigais ningun consejo.....
y mucho menos el mío.

A. MONDEJAR Y MENDOZA.

CUESTIÓN DE PALABRAS.

(Á MAGDALENA)

Hay palabras, Magdalena,
que aun dichas sin intención,
siembran en el corazón
las torturas de la pena.

Palabras que lleva el viento,
como una carga pesada,
y que dejan agitada
la hiel del remordimiento.

Voces de extraño sonido
que alas invisibles crean,
y siempre revolotean
alrededor del oído;

venenos que el diccionario
legítima en sus renglones,
para matar corazones
por boca del temerario.

Cuando en el cerebro chocan
esas palabras fatales
y, productoras de males,
torpes recuerdos evocan,
¡tú no sabes la aflicción
con que el alma se acongoja,
porque su aliento deshoja
el árbol del corazón!

Por razones tan sutiles,
es preciso, Magdalena,
ya que á tí para ser buena

te faltan pocos perfiles,
que procures amoldar
tus frases á tus ideas,
para que nunca te veas
comprometida al hablar.

Ya sé que nadie es perfecto;
pero tú lo puedes ser,
solamente con poner
corrección á tu defecto.

De lo contrario, ni un santo
podrá sufrirte. Y si no,
miren si exagero yo:
vayan ejemplos al canto.

Ya sueles, desmemoriada,
conversando con un hombre,
dar al olvido algún nombre
ó una frase condenada;

y con calma.... candorosa,
que no envidiara el diablo,
sustituyes el vocablo
con otro fatal: ¡la cosa!

¡Nada te quiero decir
en este caso protervo,
cuando la acción de tu verbo
es de *tocar* ó *pedir*!

A un pobrecito marido
de quien cuentan cosas graves,

porque su mujer... ya sabes
lo *vana*, que siempre ha sido,
le dijiste muy formal
(y esto delante de mí):

«Si topa usted por ahí
á Fulanito de Tal...»

Eso no es buen castellano;
piensa que el verbo *topar*
no se debe de aplicar
al pobre género humano.

En fin, tus muchos deslices
me hacen sospechar con pena
que no sabes, Magdalena,
dónde tienes las narices;

pues, falta siempre de tino,
tu reputación infamas
con eternos epigramas
de folleto clandestino.

No te debe de extrañar
que, dándola de hombre serio,
juzgue con ese criterio
tu manera de pensar,

ni que el amor avasalle
á cosa tan baladí;
¡que en el mundo, para mí,
todo es cuestión de detalle!

AMANTE LAFFÓN.

CHIRIGOTAS

Único corresponsal de LA SEMANA COMICA en Madrid: D. Julián Rodríguez, Corredora Baja de S. Pablo, café de la Concepción.

✱

—Deseo que empiece á regir pronto el nuevo Código.

—¿Por qué?

—Porque así, dentro de dos meses seré mayor de edad.

—¿Y á qué viene ese empeño de ser mayor de edad?

—Para presentarme en las próximas elecciones municipales, ser nombrado concejal y teniente de alcalde, mandar retirar los adoquines amontonados en la Plaza del Beato Oriol y presentar la dimisión inmediatamente.

✱

Se dice que vá á aumentarse de la prensa el contingente con un diario independiente que *El Figaro* ha de llamarse.

Si resultan verdaderos los rumores que he escuchado, vá á ser el diario citado *órgano de los barberos*.

—¿Los barberos? ¡Caracoles!

—Si señor, bien claro está.

¡Ese *Figaro* tendrá, lo menos, cuatro be... moles!

—Del tal *Figaro* recelo que á alguno quiere afeitar.

—¡Sil Y lo que puede pasar es que á él le tomen el pelo.

✱

El artículo que con el título de «¡Sébase quién es Clarín!» publicamos en otro lugar de este número, es fragmento de uno de los que componen la obra *Pandemonium*, de cuya reciente publicación dimos cuenta la semana pasada.

✱

Ayer le dije á un amigo:

—Dí: ¿con qué pasas el rato?

y me contestó al momento:

—Con *La Querida de Bago*.

J. RODAO.

✱

Mire Vd., señor Mansi: el otro día mandé dos colecciones de LA SEMANA á mi corresponsal de Madrid.

¿Usted las ha recibido, señor Mansi? Pues el corresponsal tampoco.

Antes, cuando los empleados de Vd. se limitaban á leer gratis algunos números sueltos... francamente, casi, casi, se podía vivir.

Ahora, desde que se dedican á hacer *limpia* al por mayor, la vida se va haciendo intolerable, señor Mansi.

Y eso, señor Mansi, no está bien.

¿No me cuestan á mí los ejemplares el dinero? ¿No me gasto muy buenos cuartos en franquearlos?

¡Señor Mansi!... ¡Señor Mansi!...

✱

Armando Guerra se llama el marido de Ana Serra, y siempre están en la cama ella y él, armando guerra.

J. BRAVO.

✱

Rogamos á los señores que nos piden colecciones de LA SEMANA COMICA, tengan la bondad de esperarse algunos días.

Agotados algunos de los números del presente año, estamos recojiendo, á toda prisa, los pocos ejemplares sobrantes que en provincias tienen nuestros corresponsales.

Tan luego como los tengamos, serviremos los pedidos que se nos han hecho.

✱

Algunas de las personas *agraciadas* con motivo de la Exposición Universal piensan rehusar los honores que se le ofrezcan.

Ha empezado á dar el ejemplo una respetable dama de la nueva aristocracia, á quien se quiso ofrecer la *cruz*... del matrimonio.

La prensa fué quien armó el lío.

Y la distinguida señora dijo, que aunque era buen partido el que se le proporcionaba, ni ella ni él habían pensado en tal boda.

¡Bah! la prensa noticiara, ya de suyo tan chismosa,

metida á casamentera...

¡No le faltaba otra cosa!

POR TELÉFONO

Pátiqne. — Oviedo. — Se le manda el Almanaque. Pero conste que no recibí los sellos.

R. R. — Barcelona. — ¿Sabe Vd. cuánto llena? Pues dos páginas completas. Y ya ve Vd. que dedicar medio número á una sola composición...

Veinte lectores. — Barcelona. — ¿Tomarlo á mal? ¡Quiá! Al contrario: yo agradezco y atiendo siempre las observaciones cuando, como ahora, son razonadas y justas. Pero lo que sí sé decir á usted es que en solo tres semanas ha aumentado en más de 2000 ejemplares la tirada de Barcelona. Y ante la elocuencia de los números...

S. L. A. — Madrid. — Saldrá la otra. *El corazón*... ¡qué serio le ha salido á Vd. *El corazón*!

A. R. V. — Barcelona. — Sirve una charada.

F. O. — Barcelona. — Pues yo afirmo y sostengo que tanto en catalán como en castellano, los consonantes agudos, mezclados con los llanos, en los versos endecasílabos, son de pésimo efecto. Y en monólogo de esta semana resulta largo... largo...

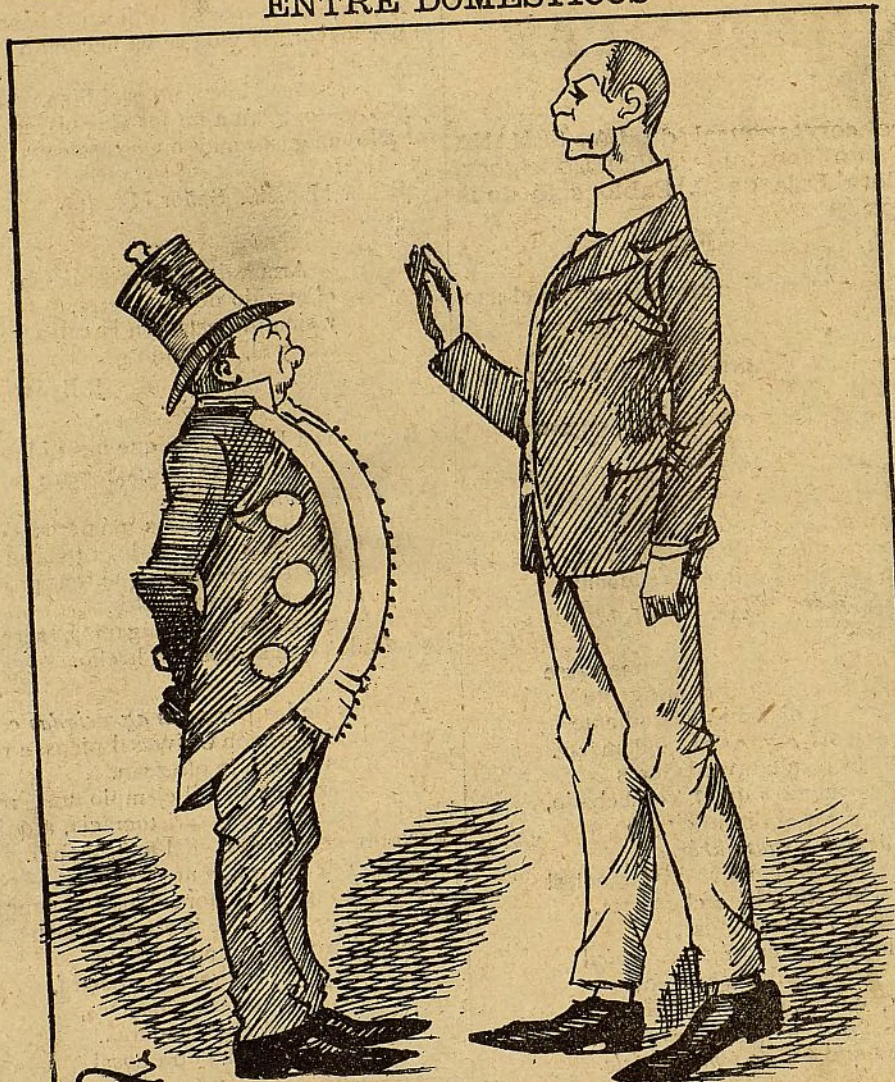
R. V. H. — Barcelona. — ¿Se quitó la careta y... ¡Era mi esposa! ¿Y Vd. se habrá quedado tan satisfecho pensando haber dicho algo nuevo ¿verdad?

No pueden publicarse (y por falta de espacio no digo por qué razones) las composiciones y dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores siguientes: R. C. (Barcelona) — E. L. B. (Salamanca) — *Faraday*. (Madrid) — P. Timido. (Santander) — *Macandito*. (Madrid).

Quedan veintitres cartas por contestar.

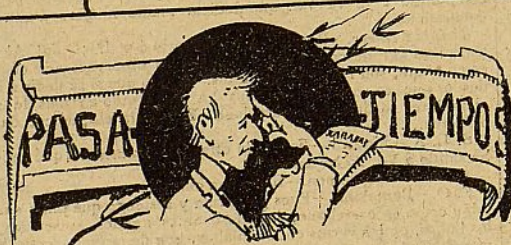
Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, pasaje

Ayuntamiento de Madrid



Tris

- ¿Cuánto ganas de lacayo?
 —Diez reales diarios, comido y vestido.
 —Pues no me parece bien.
 —¿Por qué?
 —Hombre, porque eso de que se lo coman á uno...

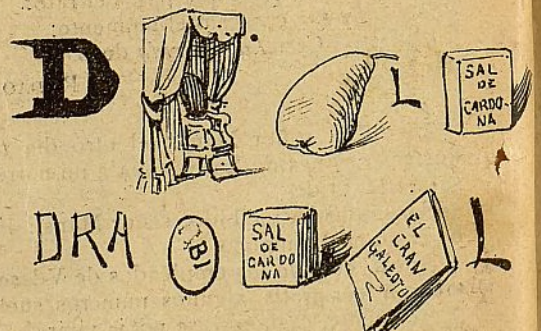


CHARADA

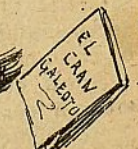
I.

CORA es prima-tercera;
 segunda CHE... y el TODO mio es COCHERA.
 S. LOPEZ ARROJO.

GEROGLÍFICO



DRA



(Las soluciones en el n.º próximo)